



HONRAR A HART ES HONRAR A CUBA¹

Eusebio Leal

En nombre de la intelectualidad cubana –solo en parte aquí representada–, quiero agradecer a la Universidad por haberle conferido a Armando Hart Dávalos un título que bien merece; un título que además de honra con el que la Universidad ha asumido como mención de sus propósitos: el nombre de José Martí; el legado de su vida, de su obra, de su apostolado y de su esperanza.

Honrar al Doctor Hart es honrar a Cuba, es honrar la historia de la cultura cubana, la historia de la educación y la gesta que la hizo posible; es reconocer todo en lo que él se empeñó denodadamente durante más de medio siglo; lo que él significó.

Recuerdo –y es un privilegio que solamente concede el tiempo– aquel día en que ya victoriosa la Revolución, aparecieron los que, con nombres crípticos, habían ingresado en el silencio y el anonimato para realizar la magna obra de la transformación de Cuba.

Entonces un joven lleno de fuerza, de valor, apareció ante nosotros. Era el mismo que en tantas otras oportunidades se nos presentaba asociado a los acontecimientos de la lucha insurreccional en Santiago de Cuba, durante la dictadura de Batista y, antes, a hechos legendarios vividos en nuestra histórica Alma Máter, donde se inscribió a sangre y fuego el protagonismo singular y excepcional que le correspondió a esa alta casa de estudios en la historia de Cuba.

En unos y otros episodios aparecían, recurrentemente, recurrentemente, el perfil y la voluntad de Armando Hart, sobreviviente de persecuciones, torturas, búsquedas

incansables; protagonista de un acontecimiento casi romántico, insólito en la historia de la insurgencia juvenil, estudiantil y ciudadana: la fuga de la antigua Audiencia de la Habana, sede del Tribunal Supremo.

Por una puerta lateral escapa Armando y se convierte en noticia y se sabe en la Habana lo que ha ocurrido, lo cual no impide que después vaya al presidio, en el cual no sé si estaba todavía aquella lápida oscura que José Lezama Lima conservaba en su memoria por el testimonio de un oficial allí destacado, por su padre, el coronel Lezama.

Me contaba el poeta que al rebasar la entrada del Castillo de El Príncipe de La Habana, había emplazada una losa que decía más o menos: “era una noche negra y sobre un mármol negro una hormiga caminaba y, sin embargo, Dios la veía”. Si esta historia es cierta, se ingresaba allí en la negrura del penal, en la oscuridad de la amenaza, en el compañerismo doloroso de los que, habiendo escapado a veces del suplicio, serían mañana en el mejor de los casos liberados, o quizás mártires de la Revolución por la cual se luchaba.

Más tarde, habiendo salido ileso del espanto, en la casa de la Habana Vieja, que es hoy Museo de la Educación, firmaría el Ministro de educación sobre una pequeña mesa la Ley de Alfabetización, documento histórico, de enorme relevancia para América y trascendental para Cuba, pues la sociedad fue diferente a partir de que aquella mirada de jóvenes regresó de lo profundo de los campos, de la periferia de las ciudades, con sus resultados a cuestas, para construir la utopía.

Se cambiaba no solamente a los educados, sino también a los noveles educadores. Ellos volvían de un contacto no esperado con un mundo campesino en lo profundo de Cuba; pero volvían además con la lágrima apenas enjugada por los que habían muerto, víctima de la más brutal, de la más cruel de las asechanzas. De tal manera, los nombres de Conrado Benítez y de Manuel Ascunce Domenech, son también parte de la historia de esa gesta de la educación

¹ Palabras del Dr. Eusebio Leal Spengler, Historiador de La Habana, en el acto de investidura a Armando Hart como Dr. Honoris Causa en Educación por la Universidad “José Martí” de Latinoamérica, de Monterrey, México (11 de junio de 2013). Estas palabras conforman el Epílogo del libro *Hart. Pasión por Cuba*, publicado por Eloísa M. Carreras Varona (Centro de Estudios Martianos y Universidad “José Martí” de Latinoamérica, 2013). Las publicamos como un homenaje al querido y respetado amigo Armando Hart, fallecido el 26 de noviembre de 2017.



cubana encabezada por el hombre a quien hoy veneramos y que nuestra generación no olvidará nunca.

La memoria es pródiga y las imágenes se multiplican. Recordamos las primeras canas de Armando; recordamos su paso por la Secretaría del Partido Comunista de Cuba; recordamos su permanencia en el Oriente de Cuba, donde se llevaban a cabo profundas transformaciones. Allí le conocí, allí fui a verle, de la mano de René Rodríguez, Allá cerca de Caletón Blanco y le conté todo lo que sería el devenir: mi esperanza personal y futura, lo que he podido llevar adelante con mi trabajo a lo largo del tiempo. Y con la solidez de su consejo me ayudó a cumplir con ese principio que es fundamental y que era su recomendación: cabeza fría y mano caliente; hay que permanecer sereno, pero hay que hacer y hacer es la mejor manera de decir.

Este podría ser también su lema, cuando en 1976 se convirtió en Ministro de Cultura. Un profundo movimiento sacudió entonces la sociedad intelectual cubana. No entraba solo Armando Hart al ministerio; venían acompañándole una serie de sólidos valores, muchos de los cuales se habían formado a su lado en el Ministerio de Educación.

Ahora, al vislumbrar los rostros de muchos de aquellos compañeros, recuerdo vivamente las palabras que me dijo una vez el más simpático y elocuente de todos los Viceministros, Raúl Ferrer, quien con una guitarra en la mano me aconsejaba: “estate tranquilo, que cuando una sociedad va a perder quiere que el mundo se hunda con ella”.

Pero en el Ministerio de Cultura aparecerían igualmente las luminosas figuras de Yeyé Santamaría, de Alfredo Guevara y de otros compañeros que contribuirían a transformar, de manera decisiva, lo que hoy conocemos como nuestra cultura y nuestras instituciones culturales.

Mucho debe a Armando la intelectualidad cubana, porque jamás se afilió a ninguna corriente sectaria: fue un batallador ineludible por la verdad esencial de la Revolución cubana, por el pensamiento más puro y más vertical, en el que se formó desde su primera juventud, cuando siguiendo al doctor Rafael García Bárcena y a Eduardo Chibás en su propósito de transformar a Cuba

para crear un estado de derecho, se convirtió él mismo en un revolucionario, sin necesidad de serlo.

Miembro de una dinastía de letrados, siempre ha insistido este hombre, cabalmente, que más importante que estudiar Leyes es estudiar Derecho, que hay que profundizar en los fundamentos del Derecho, del derecho ciudadano, del derecho general, del derecho público, del derecho administrativo...

Evoco con ternura a su padre, el magistrado Don Enrique, un hombre digno que pasó también incólume por la historia de la República, fundando una familia, donde la primera sangre fue la de su propio hijo y que ocupó la cúspide de la magistratura y llevó con orgullo en su pecho la Orden José Martí —el más alto reconocimiento que concede el Estado—, siendo el primer cubano en recibirla y ostentarla.

Tan honesto como su predecesor, inmune a la corrupción, llega Armando Hart a nosotros como símbolo vivo de la decencia del hombre cubano, de la mejor tradición cultural y patriótica de Cuba. Es cierto que no es ni ha sido infalible y se ofendería si lo dijera. Como ser humano puede haber errado no pocas veces, pero es maravilloso poder llegar a esta altura de la vida con la conciencia limpia.

Ya no salpican las clámides del magistrado, ni el fango, pero sí lágrimas incontables. Su austeridad le ha llevado a sufrir en silencio, a encarar con absoluta entereza los más altos desafíos de la vida y, sin embargo, con una gran dignidad, encontró en el pensamiento de José Martí el ancla capaz de superar todo sentimiento que no sea el de amor por la humanidad, por los que sufren y lloran, por los que padecen desamparo y luchan por la mayor cantidad de justicia posible; a eso ha consagrado su vida.

Bien ha dicho el Rector: cualquier virtud política o filosófica, cualquier filiación de ideas tiene que tener un anclaje en la condición humana y Armando es esencialmente un hombre nuevo. Es por eso que hoy, al rendirle tributo, quisiera no hacerlo en nuestro nombre, sino en el de todos aquellos que le agradecemos. No hay prenda más hermosa que la gratitud. Breve tienen que ser estas palabras porque estoy convencido de que lo que no diga hoy lo dirá la Historia. ☒

Eusebio Leal Spengler (La Habana, 1942). Historiador cubano. Doctor en Ciencias Históricas y Maestro en Ciencias Arqueológicas, Historiador de la Ciudad y Director del Programa de Restauración del Patrimonio de la Humanidad. Se ha distinguido particularmente por la conducción de las obras de restauración del Casco Histórico de La Habana, declarado por la UNESCO en 1982 Patrimonio de la Humanidad. Director del Museo de la Ciudad y de la Oficina del Historiador, ha asumido importantes obras como la restauración del Palacio de los Capitanes Generales, antigua Casa de Gobierno, hoy sede del Museo de la Ciudad de La Habana. Cursó estudios de posgrado sobre restauración de Centros Históricos en Italia.